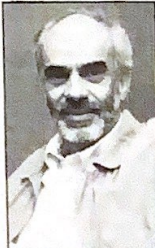


UN BARBARO DE PASEO

Honoris causa en la UJI

El autor describe cómo se desarrolló el acto de investidura a los doctores Germà Colom y Manuel Valdivia



TOMAS ESCUDER

El otoño debe ser un buen momento para la dádiva de doctorados. Posiblemente porque es la época en la que los viejos mueren más y todo suena a sincero. Puestas así las cosas, y considerando los méritos de las partes concurrentes, no le sorprende nada al bárbaro que tengamos dos personas dignas de llevar sobre la solapa un "honoris causa" flamante.

En estas ceremonias las cosas se hacen bien o no se hacen. Y la UJI, of course, lo hizo como si de una ópera se tratara. Gusto, trazado a tiralíneas y nada de modernidades: las intrigas de gúelfos y gibelinos quedan para las horas extras.

El Magnífico Rector Michavila en su sitio. Entonando el pizzicatto de su última canción. A su lado, como en una algarabía de colores,

todos los que cumplen alguna función, o estudian, o politiquen. Todos dignos.

Lo dicho: todos dignos y, algunos, divertidos. O porque lo son, o porque lo toman como un divertimento.

Pero de alguna manera alegre ver a alguien como Xavier Campos, blanco y papal, hablando con ese principio de timidez a la que nunca gana. A Joan Francesc Mira, que parece aún



MEDITERRANEO

Un acto de investidura no es, aunque parezca lo contrario, una merienda de negros

más pequeño enfundado en su toga a pesar de su alteza intelectual.

Un acto de investidura a uno o dos doctores "Honoris causa" como el de los amistosos Germà Colom y Manuel Valdivia no es, aunque pueda parecer lo

contrario, ni una merienda de negros ni un baile de cuervos. Al paseante forastero el ceremonial puede que no le diga ni bluf ni blaf. Pero el color callado de las togas, el ritual retenido de los actos, la blancura de las palabras, hace que la impor-

tancia se vea a la luz del día con claridad absoluta.

Los actores principales tales como el President Joan Lerma, tímido y hecho a escuadra, o Manuel Val-

divia y Germà Colom junto a sus valedores, los de sólido prestigio, Lluís Gimeno o Vicent Cervera pueden llegar al éxtasis docente o al infierno de sus endemoniados trabajos, pero en este día y para esta importante ceremonia se ponen nerviosos aunque disimulen.

Otros, llevados de la mano de los innumerables actos, tienen la piel dura y no llegan a sufrir ni la mitad de lo que hace Emilia Traver, que se escuda con sonrisas y padece alegremente por un trabajo que le encanta.

Pero los que son como los señores del planeta, los dioses del paseo Ribalta, son los cuervos mismos. El bárbaro descubre, en un extremo, al trabajador Sánchez Adell, y más allá a Sanfeliu que tiene de la mano con ganas, más la sinceridad de los cruzados medievales. Pero hay más bullicio, porque los doctores son también mortales y resulta reconfortante encontrar a alguien como Wences Rambla que, aunque de negro, conserva la forma de mirar y decir de un niño del Raval al que le sale la pintura por la palabra.

En fin, que la vida no son solo los "Honoris causa", pero conviene que con sus birretes y bandas adornen

El otoño es un buen momento para la dádiva de doctorados

las estancias, los pueblos y las horas lentas del amor a la lectura.